

se apoderaron de casi todo un destacamento que allí había dejado.

Junot por su parte, según acabamos de indicar, se había ya adelantado. El 15 de agosto, después de celebrar con gran pompa la fiesta de Napoleón, por la noche y muy á las calladas había salido de Lisboa. Falsas nuevas y el estado de su gente le retardaron en la marcha, y no le fué dado ántes del 20 reunir sus diversas y separadas fuerzas. Aquel día aparecieron juntas en Torres-Vedras, y se componían de 12,000 infantes y 1500 caballos. Quedaban además las competentes guarniciones en Yelbes, Almeida, Peniche, Palmela, Santaren y en los fuertes de Lisboa. Mandaba la primera division francesa el general Delaborde, la segunda Loison, y Kellerman la reserva. La caballería y artillería se pusieron al cuidado de los generales Margaron y Taviel y en la última arma mandaba la reserva el coronel entónces y después general Foy, célebre y bajo todos respectos digno de loa.

Socorros llegados al ejército inglés.

Era mas numeroso el ejército inglés. Se le habían nuevamente agregado 4000 hombres á las órdenes de los generales Anstruther y Acland, y constaba en todo de mas de 18,000 combatientes. Carecia de la suficiente caballería, limitándose á 200 ginetes ingleses y 250 portugueses. Después de la acción de Roliza no había Wellesley perseguido á su contrario. Para proteger el desembarco en Maceira de los 4000 hombres mencionados, había avanzado hasta Vimeiro, en donde casi al propio

tiempo se le anunció la llegada con 11,000 hombres de Sir Juan Moore. A este le ordenó que saltase con su gente en tierra en Mondego, y que yendo del lado de Santaren cubriese la izquierda del ejército. No tardó tampoco en saberse la llegada de Sir H. Burrard, nombrado segundo de Dalrymple en el mando: noticia por cierto poco grata para el general Wellesley, que esperaba por aquellos dias coger nuevos laureles. Su plan de ataque estaba ya combinado. Con pleno conocimiento del terreno, tomando un camino costero, escabroso y estrecho, pensaba flanquear la posición de Torres-Vedras, y colocándose en Mafra, interponerse entre Junot y Lisboa. Había escogido aquellos vericuetos y ásperos sitios, por considerarlos ventajosos para quien como él andaba escaso de caballería. Al aviso de estar cerca Burrard, suspendió Wellesley su movimiento y se avistó á bordo con aquel general. Conferenciaron acerca del plan concertado, y juzgando Burrard ser arriesgada cualquiera tentativa en tanto que Moore no se les uniese, dispuso aguardarle y que permaneciese su ejército en la posición de Vimeiro.

Tuvo empero la dicha el general Wellesley de que Junot, no queriendo dar tiempo á que se juntasen todas las fuerzas británicas, resolvió atacar inmediatamente á las que en Vimeiro se mantenían tranquilas.

Está situado aquel pueblo no lejos del mar, en una cañada por donde corre el rio Maceira. Al nor-

Batalla de Vimeiro 21 de agosto.

te se eleva una sierra cortada al oriente por un escarpe en cuya hondonada está el lugar de Toledo. En dicha sierra no habian al principio colocado los ingleses sino algunos destacamentos. Al sudoeste se percibe un cerro en parte arbolado, que por detras continúa hácia poniente con cimas mas erguidas. Seis brigadas inglesas ocupaban aquel puesto. Habia otras dos á la derecha del rio en una eminencia escueta y roqueña que se levanta delante de Vimeiro. En la cañada ó valle se situaron los portugueses y la caballería.

A las ocho de la mañana del 21 de agosto se divisaron los franceses viniendo de Torres-Vedras. Imaginóse Wellesley ser su intento atacar la izquierda de su ejército, que era la sierra al norte; y como estaba desguarnecida, encaminó á aquel punto, una tras de otra, cuatro de las seis brigadas que coronaban las alturas de sudoeste y que era su derecha. No habia sido tal el pensamiento de los franceses. Mas observando su general dicho movimiento, envió sucesivamente para sostener á un regimiento de dragones, hácia allí destacado, dos brigadas al mando de los generales Brenier y Solignac.

No por eso desistió Junot de proseguir en el plan de ataque que habia concebido, y cuyo principal blanco era la eminencia situada delante de Vimeiro, en donde estaban apostadas, segun hemos dicho, dos brigadas inglesas, las cuales se respaldaban contra otras dos que aun permanecian en las alturas de sudoeste.

Rompió el combate el general Delaborde, siguió á poco Loison, y por instantes arreció la pelea furiosamente. La reserva bajo las órdenes de Kellerman, viendo que los suyos no se apoderaban de la eminencia, fué en su ayuda, y en uno de aquellos acometimientos hirieron á Foy. Rechazaban los ingleses á sus intrépidos contrarios, aunque á veces flaqueaba alguno de sus cuerpos. Junot en la reserva observaba y dirigia el principal ataque sin descuidar su derecha. Mas en aquella no tuvieron ventura los generales Solignac y Brenier, habiendo sido uno herido y otro prisionero.

A las doce del dia, despues de tres horas de inútil lucha y disminuido el ejército frances con la pérdida de mas de 1800 hombres, determinaron sus generales retirarse á una línea casi paralela á la que ocupaban los ingleses. Estos con parte de su fuerza todavía intacta, consideraron entónces como suya la victoria, habiéndose apoderado de trece cañones, y solo contando entre muertos y heridos unos 800 hombres. Parecia que era llegado el tiempo de perseguir á los vencidos con las tropas de refresco. Tal era el dictámen de Sir Arturo Wellesley, sin que ya fuese dueño de llevarle á cabo. Durante la accion habia llegado al campo el general Burrard, á quien correspondia el mando en gefe. Con escrúpulo cortesano dejó á Wellesley rematar una empresa dichosamente comenzada. Pero al tratar de perseguir al enemigo, recobrando su autoridad, opúsose á ello, é insistió en aguardar é

Moore. De prudencia pudo graduarse semejante opinion ántes de la batalla: tanta precaucion ahora si no disfrazaba zelosa rivalidad, excedia los límites de la timidez misma.

Los franceses por la tarde sin ser incomodados se fueron á Torres-Vedras. El 22 celebró Junot consejo de guerra, en el que acordaron abrir negociaciones con los ingleses por medio del general Kellerman, no dejando de continuar su retirada á Lisboa. Así se ejecutó; pero al tocar el negociador frances las líneas inglesas, habia desembarcado ya y tomado el mando Sir H. Dalrymple. Con lo que en ménos de dos dias tres generales se sucedieron en el campo británico: mudanza perjudicial á las operaciones militares y á los tratos que siguieron, apareciendo cuán erradamente á veces proceden aun los gobiernos mas prácticos y advertidos. Propuso Kellerman un armisticio, conformóse el general ingles, y se nombró para concluirle á Sir Arturo Wellesley. Convinieron los negociadores en ciertos artículos que debian servir de base á un tratado definitivo. Fueron los mas principales: 1.º Que el ejército frances evacuaria á Portugal, siendo transportado á Francia con artillería, armas y bagage por la marina británica. 2.º Que á los portugueses y franceses avecindados no se les molestaria por su anterior conducta política, pudiendo salir del territorio portugues con sus haberes en cierto plazo; y 3.º Que se consideraria neutral el puerto de Lisboa durante el tiempo necesario y conforme al

Armisticio
entre ambos
ejércitos.

derecho marítimo, á fin de que la escuadra rusa diese la vela sin ser á su salida incomodada por la británica. Señalóse una línea de demarcacion entre ambos ejércitos, quedando obligados recíprocamente á avisarse cuarenta y ocho horas de antemano en caso de volver á romperse las hostilidades.

Miéntas tanto Junot habia el 23 entrado en Lisboa, en donde los ánimos andaban muy alterados. Con la noticia de la accion de Roliza hubiérase el 20 conmovido la poblacion á no haberla contenido con su prudencia el general Travot. Mas permaneciendo viva la causa de la fermentacion pública, hubieron los franceses de acudir á precauciones severas, y aun al miserable y frágil medio de esparcir falsas nuevas, anunciando que habian ganado la batalla de Vimeiro. De poco hubieran servido sus medidas y artificios si oportunamente no hubiera llegado con su ejército el general Junot. A su vista forzoso le fué al patriotismo portuges reprimir ímpetus inconsiderados.

Por otra parte, el armisticio tropezaba con obstáculos imprevistos. El general Bernardino Freire agriamente representó contra su ejecucion, no habiendo tenido cuenta en lo estipulado ni con su ejército, ni con la junta de Oporto, ni tampoco con el príncipe regente de Portugal, cuyo nombre no sonaba en ninguno de los artículos. Aunque justa hasta cierto punto, fué desatendida tal reclamacion. No pudo serlo la de Sir C. Cotton, comandante de la escuadra británica, quien no qui-

so reconocer nada de lo convenido acerca de la neutralidad del puerto y de los buques rusos allí anclados. Tuvieron pues que romperse las negociaciones.

Mucho incomodó á Junot aquel inesperado suceso; y escuchando ántes que á sus apuros á la altivez de su pecho engreido con no interrumpida ventura, dispúsose á guerrear á todo trance. Mas sin recursos, angustiados los suyos y reforzados los contrarios con la division de Moore y un regimiento que el general Beresford traia de las aguas de Cádiz, se le ofrecian insuperables dificultades. Aumentábanse estas con el brio adquirido por la poblacion portuguesa, la que despues de las victorias alcanzadas, de tropel acudia á Lisboa y estrechaba las cercanías. Carecia tambien de la conveniente cooperacion del almirante ruso, indiferente á su suerte y firme en no prestarle ayuda. Tal porte enfureció tanto mas á Junot, cuanto la estancia de aquella escuadra en el Tajo habia sido causa del rompimiento de las negociaciones entabladas. Así mal de su grado, solo y vencido de la amarga situacion de su ejército, cedió Junot y asintió á la famosa convencion concluida en Lisboa el 30 de agosto entre el general Kellerman y J. Murray, cuartel maestro del ejército ingles. El ruso ajustó por sí en 3 de septiembre un convenio con el almirante ingles, segun el cual entregaba en depósito su escuadra al gobierno británico hasta seis meses despues de concluida la paz entre sus gobiernos res-

Convenio del almirante ruso con el ingles. (1 Ap. n. 6.)

pectivos, debiendo ser transportados á Rusia los gefes, oficiales y soldados que la tripulaban.

La convencion entre franceses é ingleses llamóse malamente de Cintra, por no haber sido firmada allí ni ratificada. ¹ Constaba de 22 artículos, y ademas otros tres adicionales, partiendo de la base del armisticio ántes concluido. Los franceses no eran considerados como prisioneros de guerra, y debian los ingleses transportarlos á cualquiera puerto occidental de Francia entre Rochefort y Lorient. En el tratado se incluian las guarniciones de las plazas fuertes. Los españoles detenidos en pontones ó barcos en el Tajo, se entregaban á disposicion del general ingles, en trueque de los franceses que sin haber tomado parte en la guerra hubieran sido presos en España. No eran por cierto muchos, y los mas habian ya sido puestos en libertad. Entre los que todavía permanecian arrestados soltó los suyos la junta de Extremadura, condescendiendo con los deseos del general ingles. El número de españoles que gemian en Lisboa presos ascendia á 3.500 hombres, procedentes de los regimientos de Santiago y Alcántara de caballeria, de un batallon de tropas ligeras de Valencia, de granaderos provinciales y varios piquetes; los cuales bien armados y equipados desembarcaron en octubre á las órdenes del mariscal de campo Don Gregorio Laguna en la Rápita de Tortosa y en los Alfaques. Los demas artículos de la convencion tuvieron sucesivamente cumplido efecto. Algunos de ellos suscitaron aca-

Convencion de Cintra.

(1 Ap. n. 7.)

Españoles de Portugal.

loradas disputas, sobre todo, los que tenían relación con la propiedad de los individuos. Esto y falta de transportes dilataron la partida de los franceses.

Causaba su presencia desagradable impresion, y tuvieron los ingleses que velar noche y dia para que no se perturbarse la tranquilidad de Lisboa. No tanto ofendia á sus habitantes la franca salida que por la convencion se daba á sus enemigos, cuanto el poco aprecio con que en ella eran tratados el principe regente y su gobierno. No se mentaba ni por acaso su nombre, y si en el armisticio habia cabido la disculpa de ser un puro convenio militar, en el nuevo tratado en que se mezclaban intereses políticos no era dado alegar las mismas razones. De aquí se promovió un reñido altercado entre la junta de Oporto y los generales ingleses. Al principio quisieron estos aplacar el enojo de aquella; mas al fin desconocieron su autoridad y la de todas las juntas creadas en Portugal. Restablecieron en 18 de septiembre conforme á instruccion de su gobierno la regencia que al partir al Brasil habia dejado el príncipe Don Juan, y tan solo descartaron las personas ausentes ó comprometidas con los franceses. Portugal reconoció el nuevo gobierno, y se disolvieron todas sus juntas.

El 13 de septiembre dió la vela Junot, y su nave dirigió el rumbo á la Rochela. El 30 todas sus tropas estaban ya embarcadas, y unas en pos de otras arribaron á Guiberon y Lorient. Faltaban las de

Restablecen
los ingleses la
regencia de
Portugal.

las plazas, para cuya salida hubo nuevos tropiezos. El general español Don José de Arce, por orden de la junta de Extremadura habia asediado el 7 de septiembre á Yelbes, y obligado al comandante frances Girod de Novilars á encerrarse en el fuerte de La Lippe. Sobrado tardía era en verdad la tentativa de los españoles, y llevaba traza de haberse imaginado despues de sabida la convencion entre franceses é ingleses. Despacharon estos para cumplirla en aquella plaza un regimiento; pero Arce y la junta de Extremadura se opusieron vivamente á que se dejase ir libres á los que sus soldados sitiaban. Cruzáronse escritos de una y otra parte, hubo varias y aun empeñadas explicaciones, mas al cabo se arregló todo amistosamente con el coronel ingles Graham. No anduvieron respecto de Almeida mas dóciles los portugueses, quienes cercaban la plaza. Hasta primeros de octubre no se removieron los obstáculos que se oponian á la entrega, y aun entónces hubo de serles á los franceses harto costosa. Libres ya y próximos á embarcarse en Oporto, sublevóse el pueblo de aquella ciudad con haber descubierto entre los equipages ornamentos y alhajas de iglesia. Despojados de sus armas y haberes, debieron la vida á la firmeza del ingles Sir Roberto Wilson que mandaba un cuerpo de portugueses, conteniendo á duras penas la embravecida furia popular.

Con el embarco de la guarnicion de Almeida quedaba del todo cumplida la convencion llamada

Yelbes sitiada por los españoles.

Almeida por los portugueses.

BIBLIOTECA CENTRAL

de Cintra. Fué penosa la travesía de las tropas francesas, maltratado el convóy por recios temporales. Cerca de 2000 hombres perecieron; naufragando tripulaciones y transportes: 22,000 arribaron á Francia, 29,000 habian pisado el suelo portugues. Pocos meses adelante los mismos soldados aguerridos y mejor disciplinados volvieron de refresco sobre España.

Desaprobacion general de la convencion de Cintra en Inglaterra.

La convencion no solamente indignó á los portugueses y fué censurada por los españoles, sino que tambien levantó contra ella el clamor de la Inglaterra misma. Llenos de satisfaccion y contento habian estado sus habitantes al eco de las victorias de Roliza y Vimeiro. De ello fuimos testigos, y de los primeros. Traemos á la memoria que en 1.º de septiembre y á cosa de las nueve de la noche, asistiendo á un banquete en casa de Mr. Canning, se anunció de improviso la llegada del capitán Campbell portador de ambas nuevas. Estaban allí presentes los demas ministros británicos; y á pesar de su natural y prudente reserva, con las victorias conseguidas desabrocharon sus pechos con júbilo colmado. No menor se mostró en todas las ciudades y pueblos de la gran Bretaña. Pero enturbióle bien luego la capitulacion concedida á Junot, creciendo el enojo á par de lo abultado de las esperanzas. Muchos decian que los españoles hubieran conseguido triunfo mas acabado. Tan grande era el concepto del brio y pericia militar de nuestra nacion, exagerado entónces, como despues sobradamente depri-

mido al llegar derrotas y contratiempos. Aparecia el despecho y la ira hasta en los papeles públicos, cuyas hojas se orlaban con bandas negras, pintando tambien en caricaturas é impresos á sus tres generales colgados de un patíbulo afrentoso. Cundió el enojo de los particulares á las corporaciones, y las hubo que elevaron hasta el solio enérgicas representaciones. Descolló entre todas la del cuerpo municipal de Lóndres. No en vano levanta en Inglaterra su voz la opinion nacional. A ella tuvieron que responder los ministros ingleses, nombrando una comision que informase acerca del asunto, y llamando á los tres generales Dalrymple, Burrard y Wellesley para que satisficiesen á los cargos. Hubo en el exámen de su conducta varios incidentes; mas al cabo conformándose S. M. B. con el unánime parecer de la comision, declaró no haber lugar á la formacion de causa, al paso que desechó los artículos de la convencion, cuyo contenido podria ofender ó perjudicar á españoles y portugueses. Decision que á pocos agradó, y sobre la que se hicieron justos reparos.

Nosotros creemos que si bien hubieran podido sacarse mayores ventajas de las victorias de Roliza y Vimeiro, fué empero de gran provecho el que se desembarazase á Portugal de enemigos. Con la convencion se consiguió pronto aquel objeto; sin ella quizá se hubiera empeñado una lucha mas larga, y España embarazada con los franceses á la es-

palda no hubiera tan fácilmente podido atender á su defensa y arreglo interior.

Estas pues habian sido las victorias conseguidas por las armas aliadas ántes del mes de septiembre en el territorio peninsular, con las que se logró despejar su suelo hasta las orillas de Ebro. Por el mismo tiempo fueron tambien de entidad los tratos y conciertos que hubo entre el gobierno de S. M. B. y las juntas españolas, los cuales dieron ocasion á acontecimientos importantes.

Hablamos en su origen del modo lisonjero con que habian sido tratados los diputados de Asturias y Galicia. Se habian ido estrechando aquellas primeras relaciones, y ademas de los cuantiosos auxilios mencionados y que en un principio se despacharon á España, fueron despues otros nuevos y pecuniarios. ¹ Creciendo la insurreccion y afirmándose maravillosamente, dió S. M. B. ² una prueba solemne de adhesion á la causa de los españoles, publicando en 4 de julio una declaracion por la que se renovaban los antiguos vínculos de amistad entre ambas naciones. Realmente estaban ya restablecidos desde primeros de junio; pero á mayor abundamiento quisose dar á la nueva alianza toda autoridad por medió de un documento público y de oficio.

La union franca y leal de ambos paises, y el tropel portentoso de inesperados sucesos, habian excitado en Inglaterra un vivo deseo de tomar partido con los patriotas españoles. No se limitó aquel á los

Declaracion
de S. M. B. de
4 de julio.

(1 Ap. n. 7
bis)

(2 Ap. n. 8.)

Peticiones y
reclamaciones
que se hacen á
los diputados
españoles.

naturales, no á aventureros ansiosos de buscar fortuna, cundió tambien á extrangeros, y subió hasta personajes célebres é ilustres. Los diputados españoles, careciendo de la competente facultad, se negaron constantemente á escuchar semejantes solicitudes. Seria prolijo reproducir aun las mas principales. Contentarémonos con hacer mencion de dos de las mas señaladas. Fué una la del general Dumourier: con ahinco solicitaba trasladarse á la península, y tener allí un mando, ó por lo ménos ayudar de cerca con sus consejos. Figurábase que ellos y su nombre desbaratarian las huestes de Napoleon. Tachado de vario é inconstante en su conducta, y tambien de poco fiel á su patria, mal hubiera podido merecer la confianza de otra adoptiva. De muy diverso origen procedia la segunda solicitud, y de quien bajo todos respetos y por sus desgracias y las de su familia merecia otro miramiento y atencion. Sin embargo, no les fué dado á los diputados acceder al noble sacrificio que queria hacer de su persona el conde de Artois (hoy Cálós X de Francia) partiendo á España á pelear en las filas españolas. Acompañaron á estas gestiones otras no dignas de olvido. Pocos dias habian corrido despues de la llegada á Lóndres de los diputados de Asturias, cuando el duque de Blacas (entónces conde) se les presentó á nombre de Luis XVIII, ilustre cabeza de la familia de Borbon, con objeto de reclamar el derecho al trono español que asistia á la rama de Francia, extinguida que fuese la de Felipe V. Evi-

Dumourier.

Conde de Artois.

Luis XVIII.

tando tan espinosa cuestion por anticipada, se respondió de palabra y con el debido acatamiento á la reclamacion de un príncipe desventurado y venerable, léjos todavía de imaginarse que la insurreccion en España le serviria de primer escalon para recuperar el trono de sus mayores. Mas secamente se replicó á la nota que al mismo propósito escribió á los diputados en favor de su amo, el príncipe de Castalcála, embajador de Fernando IV rey de las dos Sicilias. Provocó la diferencia en la contestacion el modo poco atento y desmañado con que dicho embajador se expresó, pues al paso que reivindicaba derechos de tal cuantía, estudiosamente aun en el estilo esquivaba reconocer la autoridad de las juntas. La relacion de estos hechos muestra la importancia que ya todos daban á la insurreccion de España, deprimida entónces y desfigurada por Napoleon.

Pero si bien eran lisonjeros aquellos pasos, no podian fijar tanto la atencion de los diputados como otros negocios que particularmente interesaban al triunfo de la buena causa. Para su prosecucion se agregaron en primeros de julio á los de Galicia y Asturias los diputados de Sevilla, el teniente general Don Juan Ruiz de Apodaca y el mariscal de campo Don Adrian Jácome. Unidos, no solamente promovieron el envío de socorros, sino que ademas volvieron la vista al Norte de Europa. Despacharon á Rusia un comisionado; mas ya fuése falta suya ó que aquel gabinete no estuviése todavía dispues-

Príncipe de
Castalcála.

to á desavenirse con Francia, la tentativa no tuvo ninguna resulta. Mas dichosa fué la que hicieron para libertar la division española que estaba en Dinamarca á las órdenes del marqués de la Romana, merced al patriotismo de sus soldados, y á la actividad y celo de la marina inglesa.

Hubiérase achacado á desvarío pocos meses antes el figurarse siquiera que aquellas tropas á tan gran distancia de su patria y rodeadas del inmenso poder y vigilancia de Napoleon, pisarian de nuevo el suelo español burlándose de precauciones, y aun sirviéndoles para su empresa las mismas que contra su libertad se habian tomado. Constaba á la sazón su fuerza de 14,198 hombres, y se componia de la division que en la primavera de 1807 habia salido de España con el marqués de la Romana, y de la que estaba en Toscana, y se le juntó en el camino. Por agosto de aquel año y á las órdenes del mariscal Bernadotte, príncipe de Ponte-Corvo, ocupaban dichas divisiones á Hamburgo y sus cercanías, despues de haber gloriosamente peleado algunos de los cuerpos en el sitio de Stralsunda. Resuelto Napoleon á enseñorearse de España, juzgó prudente colocarlos en parage mas seguro, y con pretexto de una invasion en Suecia, los aisló y dividió en el territorio danés. Estrechólos así entre el mar y su ejército. Napoleon determinó que ejecutasen aquel movimiento en marzo de 1808. Cruzó la vanguardia el pequeño Belt y desembarcó en Fionia. La impidió atravesar el gran Belt é ir á

Tropa española
en Dinamarca.

Zelandia la escuadra inglesa que apareció en aquellas aguas. Lo restante de la fuerza española detenida en el Sleswic, se situó después en las islas de Langeland y Fionia y en la península de Jutlandia. Así continuó, excepto los regimientos de Asturias y Guadalajara que de noche y precavidamente consiguieron pasar el gran Belt y entrar en Zelândia. Las novedades de España, aunque alteradas y tardías, habían penetrado en aquel apartado reino. Pocas eran las cartas que los españoles recibían, interceptando el gobierno francés las que hablaban de las mudanzas intentadas ó ya acaecidas. Causaba el silencio desasosiego en los ánimos, y aumentaba el disgusto el verse las tropas divididas y desparramadas.

En tal congoja recibióse en junio un despácho de Don Mariano Luis de Urquijo, para que se reconociese y prestase juramento á José, con la advertencia „de que se diese parte si había en los regimientos algun individuo tan exaltado que no quisiera conformarse con aquella soberana resolución, desconociendo el interes de la familia real y „de la nación española.” No acompañaron á este pliegó otras cartas ó correspondencia, lo que despertó nuevas sospechas. Tambien el 24 del mismo mes habia al propio fin escrito al de la Romana el mariscal Bernadotte. El descontento de soldados y oficiales era grande, los susurros y hablillas muchos, y temíanse los gefes alguna seria desazon. Por tanto, adoptáronse para cumplir la órden recibida

convenientés medidas, que no del todo bastaron. En Fionia salieron gritos de entre las filas de Almansa y Princesa de *viva España y muera Napoleon*, y sobre todo el tercer batallon del último regimiento anduvo muy alterado. Los de Asturias y Guadalajara abiertamente se sublevaron en Zelândia, fué muerto un ayudante del general Fririon, y este hubiera perecido si el coronel del primér cuerpo no le hubiese escondido en su casa. Rodeados aquellos soldados, fueron desarmados por tropas danesas. Hubo tambien quien juró con condicion de que José hubiese subido al trono sin oposicion del pueblo español. Cortapisa honrosa y que ponía á salvo la mas escrupulosa conciencia, aun en caso de que obligase un juramento engañoso, cuyo cumplimiento comprometia la suerte ó independéncia de la patria.

Mas semejantes ocurrencias excitaron mayor vigilancia en el gobierno frances. Aunque ofendidos é irritados, calladamente aguantaban los españoles hasta poder en cuerpo ó por separado libertarse de la mano que los oprimia. El mismo general en gefe vióse obligado á reconocer al nuevo rey, dirigiéndole, como á Bernadotte, una carta harto lisonjera. La contradiccion que aparece entre este paso y su posterior conducta, se explica con la situacion critica de aquel general y su carácter; por lo que daremos de él y de su persona breve noticia.

Don Pedro Caro y Sureda, marqués de la Romana, de una de las mas ilustres casas de Mallorca,

Marqués de la Romana.

habia nacido en Palma capital de aquella isla. Su edad era la de 46 años, de pequeña estatura, mas de complexion recia y enjuta, acostumbrado su cuerpo á abstinencia y rigor. Tenia vasta lectura, no desconociendo los autores clásicos, latinos y griegos, cuyas lenguas poseia. De la marina pasó al ejército al empezar la guerra de Francia en 1793, y sirvió en Navarra á las órdenes de su tío Don Juan Ventura Caro. Yendo de allí á Cataluña ascendió á general, y mostróse entendido y bizarro. Obtuvo despues otros cargos. Habiendo ántes viajado en Francia, se le miró como hombre al caso para mandar la fuerza española que se enviaba al Norte. Faltábale la conveniente entereza, pecaba de distraido, cayendo en olvidos y raras contradicciones. Juguete de aduladores, se enredaba á veces en malos é inconsiderados pasos. Por fortuna en la ocasion actual no tuvieron cabida aviesas insinuaciones, así por la buena disposicion del marqués, como tambien por ser casi unánime en favor de la causa nacional la decision de los oficiales y personas de cuenta que le rodeaban.

Bien pronto en efecto se les ofreció ocasion de justificar los nobles sentimientos que los animaban. Desde junio los diputados de Galicia y Asturias habian procurado por medio de activa correspondencia, ponerse en comunicacion con aquel ejército; mas en vano: sus cartas fueron interceptadas ó se retardaron en su arribo. Tambien el gobierno inglés envió un clérigo católico de nombre Robert

son, el que si bien consiguió abocarse con el marqués de la Romana, nada pudo entre ellos concluirse ni determinarse definitivamente. Mientras tanto llegaron á Lóndres Don Juan Ruiz de Apodaca y Don Adrian Jácome, y como era urgente sacar, por decirlo así, de cautiverio á los soldados españoles de Dinamarca, concertáronse todos los diputados, y resolvieron que los de Andalucía enviasen al báltico á su secretario el oficial de marina Don Rafael Lobo, sugéto capaz y celoso. Proporcionó buque el gobierno inglés, y haciéndose á la vela en julio, arribó Lobo el 4 de agosto al gran Belt, en donde con el mismo objeto se habia apostado á las órdenes de Sir R. Keats parte de la escuadra inglesa que cruzaba en los mares del Norte.

Don Rafael Lobo ancló delante de las islas dinamarquesas, á tiempo que en aquellas costas se habia despertado el cuidado de los franceses por la presencia y proximidad de dicha escuadra. Deseó de avisar su venida, empleó Lobo inútilmente varios medios de comunicar con tierra. Empezaba ya á desesperanzar, cuando el brioso arrojó del oficial de voluntarios de Cataluña Don Juan Antonio Fábregas, puso término á la angustia. Habia este ido con pliegos desde Langeland á Copenhague. A su vuelta, con propósito de escaparse, en vez de regresar por el mismo parage, buscó otro apartado, en donde se embarcó mediante un ajuste con dos pescadores. En la travesía columbrando tres navíos ingleses fondeados á cuatro leguas de la costa,

arrebatado de noble inspiracion, tiró del sable y ordenó á los dos pescadores, únicos que gobernaban la nave, hacer rumbo á la escuadra inglesa. Un soldado español que iba en su compañía, ignorando su intento, arredróse y dejó caer el fusil de las manos. Con presteza cogió el arma uno de los marineros, y mal lo hubiera pasado Fábregues, si pronto y resuelto este, dando al danés un sablazo en la muñeca, no le hubiese desarmado. Forzados pues se vieron los dos pescadores á obedecer al intrépido español. Déjase discurrir de cuánto gozo se embargarian los sentidos de Fábregues al encontrarse á bordo con Lobo, como tambien cuánta seria la satisfaccion del último, cerciorándose de que la suerte le proporcionaba seguro conducto de tratar y corresponder con los gefes españoles.

No desperdiciaron ni uno ni otro el tiempo que entónces era á todos precioso. Fábregues, á pesar del riesgo, se encargó de llevar la correspondencia, y de noche y á hurtadillas, le echó en la costa de Langeland un bote ingles. Avistóse á su arribo y sin tardanza con el comandante español, que tambien lo era de su cuerpo, Don Ambrosio de la Cuadra, confiado en su militar honradez. No se engañó, porque asintiendo á tan digna determinacion, prontamente y disfrazado despachó al mismo Fábregues para que diese cuenta de lo que pasaba al marqués de la Romana. Trasládose á Fionia, en donde estaba el cuartel general, y desempeñó en breve y con gran celo su encargo.

Causaron allí las nuevas que traia profunda impresion. Crítica era en verdad y apurada la posicion de su gefe. Como buen patricio anhelaba seguir el pendon nacional, más como caudillo de un ejército pesábale la responsabilidad en que incurriera si su noble intento se desgraciaba. Perplejo se hubiera quizá mantenido á no haberle estimulado con su opinion y consejos los demás oficiales. Decidióse en fin al embarco, y convino secretamente con los ingleses en el modo y forma de ejecutarle. Al principio se habia pensado en que se suspendiese hasta que noticiosas del plan acordado las tropas que habia en Zelandia y Jutlandia, se moviesen todas á un tiempo ántes de despertar el recelo de los franceses. Más informados estos de haber Fábregues comunicado con la escuadra inglesa, menester fué acelerar la operacion trazada. Dieron principio á ella los que estahan en Langeland enseñoreándose de la isla. Prosiguió Romana y se apoderó el 9 de agosto de la ciudad de Nyborg, punto importante para embarcarse y repeler cualquiera ataque que intentasen 3000 soldados dinamarqueses existentes en Fionia. Los españoles acuartelados en Swendborg y Faaborg al mediodia de la misma isla, se embarcaron para Langeland tambien el 9, y tomaron tierra desembarazadamente. Con mas obstáculos tropezó el regimiento de Zamora, acantonado en Fridericia: engañóle Don Juan de Kindelan, segundo de Romana, que allí mandaba. Aparentando desear lo mismo que sus sol-

Dispónense
á embarcarse
las tropas del
Norte.

Kindelan.

dados, dispúsose á partir y aun embarcó su equi-
page; pero en el entretanto, no solo dió aviso de lo
que ocurría al mariscal Bernadotte, sino que te-
miendo que se descubriese su perfidia, cautelosa-
mente y por una puerta falsa se escapó de su casa.
Amenazados por aquel desgraciado incidente, apre-
suráronse los de Zamora á pasar á Middlefahrt; y sin
descanso caminaron desde allí por espacio de veintiu-
na horas, hasta incorporarse en Nyborg con la fuer-
za principal, habiendo andado en tan breve tiempo
mas de dieziocho leguas de España. Huido Kindelan
y advertidos los franceses, parecia imposible
que se salvaran los otros regimientos que habia en
Jutlandia: con todo, lo consiguieron dos de ellos.
Fué el primero el de caballería del rey. Ocupaba á
Aarhuus, y por el cuidado y celo de su anciano co-
ronel, fletando barcas salvóse y arribó á Nyborg.
Otro tanto sucedió con el del Infante, tambien de
caballería, situado en Manders, y por consiguiente
mas léjos y al norte. No tuvo igual dicha el de Al-
garbe, único que allí quedaba. Retardó su marcha
por indecision de su coronel, y aunque mas cerca
de Fionia que los otros dos, fué sorprendido por las
tropas francesas. En aquel encuentro el capitan
Costa que mandaba un escuadron, al verse vendido,
prefirió acabar con su vida tirándose un pistoletazo.
Imposible fué á los regimientos de Asturias y
Guadalajara acudir al punto de Corsoer que se les
habia indicado, como el mas vecino á Nyborg des-
de la costa opuesta de Zelândia. Desarmados ántes,

segun hemos visto, y cuidadosamente observados,
envolviéronlos las tropas danesas al ir á ejecutar su
pensamiento. Así que entre estos dos cuerpos, el de
Algarbe de caballería, algunas partidas sueltas y va-
rios oficiales ausentes por comision ó motivo parti-
cular, quedaron en el norte 5160 hombres, y 9038
fueron los que unidos en Langeland y pasada rese-
ña se contaron prontos á dar la vela. Abandoná-
ronse los caballos no habiendo ni transportes ni
tiempo para embarcarlos. Muchos de los ginetes no
tuvieron ánimo para matarlos, y siendo enteros y
viéndose solos y sin freno, se extendieron por la co-
marca y esparcieron el desórden y espanto.

Don Juan de Kindelan habia en el intermedio
llegado al cuartel general de Bernadotte, y no con-
tento con los avisos dados, descubrió al capitan de
artillería Don José Guerrero, encargado por Ro-
mana de una comision importante en el Sleswic.
Arrestáronle, y enfurecido con la alevosía de Kin-
delan, apellidóle traidor delante de Bernadotte, que-
dando aquel avergonzado y mirándole despues al
soslayo los mismos á quienes servia: merecido ga-
lardon á su villano proceder. Salvó la vida á Guer-
rero la hidalga generosidad del mariscal frances,
quien le dejó escapar, y aun en secreto le propor-
cionó dinero.

Mas al paso que tan dignamente se portaba con
un oficial honrado y benemérito, forzoso le fué
obrando como general, poner en práctica cuantos
medios estaban á su alcáncance para estorbar la evasion

Kindelan y
Guerrero.

Juramento de
los españoles
en Langeland.